

¿Cómo puede una comunidad humana, frágil y temerosa, cambiar el mundo? La respuesta es clara y constante a lo largo de toda la reflexión: solo el Espíritu lo hace posible.

La imagen del barro (Génesis-Juan) es el hilo conductor más potente del texto: somos frágiles, nos podemos desmoronar, pero llevamos dentro el aliento de Dios. Ese aliento —el Espíritu del Resucitado— es lo que convirtió a un puñado de discípulos asustados en evangelizadores audaces, y es lo que puede hacer lo mismo hoy con nuestras comunidades.

El mensaje central se puede formular así: Pentecostés no es un recuerdo del pasado, sino una gracia renovada. El Espíritu quiere actuar hoy en nosotros, en nuestras comunidades, con la misma fuerza de siempre. Lo único que se pide es apertura: abrir las puertas, abrir el corazón, dejar de vivir desde la corteza de la vida para encontrar a Dios en lo más hondo de nuestro ser.

BARRO VIVO: EL DON DEL ESPÍRITU EN PENTECOSTÉS

Hay una imagen en el corazón de este domingo de Pentecostés que lo resume todo: la imagen del barro. Somos barro. Frágiles, inconsistentes, limitados. La comunidad cristiana es barro. Sus apóstoles eran barro. Sus teólogos y pastores son barro. Y, sin embargo, este barro vive. Porque Dios sopló sobre él su aliento, su Espíritu, y aquel barro se convirtió en un ser viviente.

Eso es lo que celebramos hoy. Cincuenta días después de la Pascua, el Resucitado cumple su promesa: insufla su Espíritu sobre sus discípulos. No les da una ley nueva, ni una estructura nueva, ni un programa nuevo. Les da algo infinitamente mejor: su propio aliento, su vida, su fuerza interior.

El efecto es inmediato y asombroso. Aquella comunidad muda empieza a hablar. La cerrada abre sus puertas. La cobarde sale a las plazas. Personas de lenguas, culturas y orígenes distintos se entienden por primera vez. El milagro de Pentecostés no es un milagro de idiomas: es el milagro de la comunión, el milagro que revierte la confusión de Babel y hace posible un solo pueblo, una sola familia humana.

Pablo nos recuerda que el Espíritu distribuye sus dones en la comunidad no para que compitamos entre nosotros, sino para que cada uno aporte lo suyo al bien de todos. Somos un solo cuerpo. Nadie sobra, nadie es suficiente por sí solo. La diversidad no es un problema a resolver, sino una riqueza a integrar.

Y el Evangelio de Juan nos muestra al Resucitado en medio de sus discípulos asustados, con las puertas cerradas, diciéndoles simplemente: «Paz a vosotros.» Ningún reproche, ninguna exigencia previa. Solo paz. Solo alegría. Y luego el envío: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.» Les da la misión y les da la fuerza: «Recibid el Espíritu Santo.»

Hoy, como entonces, el Espíritu sigue queriendo hacer lo mismo en nosotros. Quiere transformar nuestra mediocridad espiritual en ardor. Quiere convertir nuestras puertas cerradas en ventanas abiertas. Quiere tomar nuestro barro y hacerlo vivir de una manera nueva. Solo necesita encontrar corazones abiertos, comunidades dispuestas a ser sorprendidas, creyentes que no apaguen el fuego que él mismo enciende.

¿Veni, Sancte Spiritus? Sí. Ven. A nuestra Iglesia. A nuestra comunidad. A nuestro corazón. Ven y renueva la faz de la tierra.

A partir del mensaje de Pentecostés, estas conclusiones proponen pasos concretos para vivir y compartir el don del Espíritu en la vida comunitaria:

1. Cultivar la interioridad como base de todo

La crisis espiritual (mediocridad, puertas cerradas, vida desde la corteza) tiene una raíz común: la pérdida de la vida interior. La primera tarea pastoral es enseñar y acompañar la oración silenciosa, el encuentro personal con Dios. Sin esa base, la actividad eclesial se vacía de Espíritu.

2. Abrir las puertas: pasar del miedo al anuncio

Los discípulos del Evangelio tenían las puertas cerradas por miedo. Muchas comunidades hoy también. Pentecostés es la gracia que nos libera del repliegue. Cada comunidad está llamada a revisar qué puertas tiene cerradas —hacia los alejados, los jóvenes, los pobres— y a abrirlas con la valentía que da el Espíritu.

3. Integrar la diversidad como riqueza, no como problema

El texto de 1Cor invita a comprender los carismas y ministerios distintos como dones del mismo Espíritu para el bien común. En la práctica, esto significa crear espacios donde distintas sensibilidades, generaciones y culturas encuentren su lugar en la comunidad, sin que nadie deba renunciar a su identidad para pertenecer.

4. Hacer de la Eucaristía un acontecimiento realmente pentecostal

La Eucaristía no es solo un rito: es el lugar donde el Espíritu nos transforma en el cuerpo de Cristo. Revisar la calidad de la celebración comunitaria —la participación activa, la homilía, el silencio, la acogida— es una tarea directamente ligada a Pentecostés. Una Eucaristía viva es ya una comunidad evangelizadora.

5. Vivir la misión como prolongación de Jesús, no como activismo

El envío de Jn 20,21 es claro: la misión no es nuestra, es la de Jesús. No se trata de hacer muchas cosas, sino de reproducir la presencia de Jesús allí donde estamos: en el trato con los más débiles, en los gestos de perdón y reconciliación, en la defensa de la vida y la justicia. La misión comienza en actitudes, no en programas.

6. Reconocer y valorar a quienes viven abiertos al Espíritu

Al final hombres y mujeres 'espirituales' que son sal de la tierra sin hacerse notar. En cada comunidad hay personas así. Reconocerlas, valorarlas y aprender de ellas es una tarea pastoral concreta. Son el mejor antídoto contra la mediocridad espiritual y el testimonio más elocuente de que el Espíritu sigue actuando hoy.

✦ *Veni, Sancte Spiritus — Ven, Espíritu Santo* ✦

Renueva la faz de la tierra. Renueva nuestra comunidad. Renueva nuestro corazón.